

La música en nuestras vidas

Pablo Espinosa

En su libro *La música como discurso sonoro*, puesto a circular nuevamente en México, el director de orquesta y ensayista austriaco Nikolaus Harnoncourt afirma que nos dirigimos hacia un hundimiento cultural general, del cual la música no estaría excluida, pues ella forma parte de nuestra vida espiritual y como tal no puede sino expresar lo que se encuentra en la totalidad.

Proporciona una clave: ¿no tendrá mucho que ver con lo que hace nuestro tiempo tan inarmónico y terrible el hecho de que el arte ya no está involucrado en nuestras vidas?

Desde la Edad Media hasta la Revolución Francesa, la música fue uno de los pilares de nuestra cultura, de nuestra vida. Comprender la música formaba parte de la educación general.

Hoy se ha convertido en un mero ornamento para guarnecer noches vacías con visitas a óperas y conciertos, para realizar actos festivos públicos o también, a través de la radio, para disipar o avivar el silencio de la soledad del hogar, considera el pensador.

Harnoncourt toma en cuenta también la paradoja: aunque en la actualidad tenemos cuantitativamente mucha más música que en cualquier época anterior, ésta “ya no significa nada en nuestra vida: ¿un pequeño y agradable adorno!”.

Porque la música, de acuerdo con los cánones dominantes hoy en día, debe ser solamente “bella”. No debe molestar, asustar, mover a reflexiones.

Como la música es reflejo de su tiempo, argumenta el autor austriaco, no puede cumplir con esa exigencia, la de ser bella,

no molestar, no asustar, no llamar a reflexión. Sólo “belleza” y dispersión de la cotidianidad gris.

El poder transformador de la música se ha reducido a un vector simple: de lo conmovedor a lo bonito.

Mantiene sin embargo la esperanza: es posible que recuperemos el sentido de la música, que recobremos la capacidad de comprender la fuerza, contenido y mensaje de un Monteverdi, un Bach, un Mozart: “cuanto más ahondemos y más intensamente nos esforcemos en comprender esa música, más podremos ver lo que es por encima de la belleza: cómo nos cautiva e inquieta con la variedad de su lenguaje. Al final, a través de la música así entendida de Monteverdi, Bach y Mozart, tendremos que reencontrar la música de nuestro tiempo, pues habla nuestra lengua, es nuestra cultura y la continúa”.

La cuestión central de todo esto se puede concentrar en cuatro preguntas: ¿qué significa la música en su vida?, ¿escucha usted música?, ¿de qué manera?, ¿qué es para usted la música?

Porque el cómo escuchamos, el qué significa la música en nuestras vidas, el significado profundo del arte sonoro va más allá de los estudios de la percepción y de consumo cultural, para ubicarse en una respuesta cabal a la pregunta sobre el estado del arte y su relación con la sociedad en nuestros días.

El parteaguas histórico de la Revolución Francesa estableció términos de *égalité* respecto del arte musical para marcar el cambio, pues antes la música se dirigía solamente a “los cultivados”.

De manera que se buscó uniformar la formación en el Conservatorio, modelo que se sigue en Occidente hasta la fecha, para que todos tuvieran acceso a la música. Se



Nikolaus Harnoncourt

forman, desde entonces, músicos hábiles, que dominan un instrumento, no así un lenguaje. Se enseña al individuo a desarrollar la técnica de la música, y no necesariamente a comprender la música, no a hablar su lenguaje, sino apenas a deletrearlo.

La propuesta de Harnoncourt parece entonces simple: que los músicos tienen que ser formados con métodos nuevos, que se deje de enseñar sólo la técnica para hacer música, enseñar la música como lenguaje.

También, que la enseñanza musical recupere su papel central como formadora de personas en evolución. Así, la música volverá a escucharse en toda su diversidad apasionante, transformadora.

Cuando observamos a personas que escuchan música podemos percibir su movimiento, su inmovilidad, su permanecer sentado, fijo o ambulante en un ejercicio de concentración que puede llegar al éxtasis.

Hay un proceso aplicable en el estudio de la percepción: si bien la música produce secuencias de tensión y distensión, en lo melódico sucede algo semejante: toda secuencia melódica corresponde a esas leyes: se sabe, después de cuatro o cinco sonidos, cuáles tendrían que ser el sexto y el séptimo y esa sucesión, esa pre-escucha, causa una relajación corporal. Cuando el compositor quiere poner en tensión al oyente, frustra esa expectativa, lo lleva melódicamente a la confusión para, en otro lugar, volver a relajarlo.

Este procedimiento, a la vez sencillo y complejo, ha sido utilizado durante siglos en la música de Occidente.

Y así, sentados en una sala de conciertos, en la sala de la casa, recostados en el piso, ambulantes o fijos, si escuchamos con verdadera intensidad experimentamos la tensión y la distensión y las modificaciones que se producen en nuestra circulación sanguínea, en el latir de nuestro corazón, en la manera como respiramos, en los túneles en que se convierten nuestros poros, alas nuestros brazos: en eso consiste la audición corporal de la música.

Y a eso se añade todo lo que concierne a la escucha espiritual: si nuestro cuerpo ha logrado una sintonía vibratoria con la música, entonces el espíritu queda liberado y actúa, participa, se manifiesta. Por eso la música ha sido capaz, durante siglos,

de influir profundamente en el hombre y transformarlo.

A eso se llama comprender la música: aceptar su poder de transformación, dejar atrás el pensamiento lógico prisionero de las leyes inmutables, para dejar flotar el pensamiento lógico liberado de sus ataduras. Aceptar la música como un cultivo, no como algo propio de una persona “cultiva-

da”, sino como algo que pertenece a la vida de manera natural y simple.

Recuperar la música como punto central de nuestras vidas. Recuperar nuestro centro. En la rueda de la vida, no ubicarnos en las márgenes, en las vorágines, en lo que rueda y se engancha con las turbulencias.

Desde nuestro centro escuchamos mejor. Evolucionamos. **U**

